

los estonios y en cambio los rusos fueron ahorcados delante de las puertas de la fortaleza. Despues que los alemanes hubieron conseguido apoderarse de un segundo fuerte en el Pala, todo el territorio de Saccala hubo de doblar la cabeza ante ellos. Entonces los rebeldes recibieron nuevos refuerzos: 20,000 rusos conducidos por Yaroslao, gran duque de Susdal, respondieron al llamamiento de los estonios, ocuparon á Dorpat y Odenpah — la «cabeza de oso» de los cronistas rusos — y se dirigieron hácia el Sur contra los alemanes, los cuales al verse tan seriamente amenazados hubieron de pensar en defender sus propios hogares. Pero los invasores, solicitados por los oeseles, á quienes interesaba sobremedera aniquilar el poderío de Dinamarca, retrocedieron de repente para derribar las fuertes murallas de Reval. Cuatro semanas permanecieron delante de la fortaleza, pero todos sus ataques fueron rechazados y en el mes de octubre tuvieron que retirarse vergonzosamente, segun expresion del cronista, sin haber conseguido en estos territorios septentrionales otra cosa mas que devastar y saquear el país. En cambio, la ocupacion de Ugaunia y especialmente de Dorpat y de Odenpah fué un acontecimiento de gran trascendencia, pues si los rusos lograban sostenerse en estas posesiones, á la corta ó á la larga habia de caer en sus manos todo el territorio que se extendia hasta el Duna. Los rusos habian adoptado todas las medidas necesarias para desarraigar por completo en este país la influencia de Alemania. Los nowgorodes entregaron á Dorpat y cuantas comarcas tenian sometidas en Estonia al príncipe Wiatschko, antiguo soberano del Kukenois (Kokenhusen), en el Duna, que se habia hecho enemigo mortal de la colonia livonia desde la pérdida matanza (1208) de los alemanes, á quienes en virtud de un tratado habia admitido en su fortaleza. Doscientos guerreros rusos le habian sido consignados y en Dorpat, donde estableció su residencia, agrupáronse á su alrededor todos los elementos hostiles á Alemania que todavía quedaban en el país, tales como los caudillos estonios de la sublevacion y aquellos que por sus sangrientas fechorías no podian esperar gracia ni perdon. De esta suerte se formaba un peligroso núcleo entre las partes septentrional y meridional de la provincia, y aun cuando la posicion de los rusos no era bastante fuerte por entonces para atajar el paso á los alemanes, no por esto era menor el peligro para el porvenir.

Los daneses, cuyas fuerzas apenas les permitian mantenerse dentro de estrechos límites despues de haber recibido los oportunos auxilios, vieron con envidia é indignacion cómo á fines del año 1223 sus protectores, los caballeros de la orden, emprendian de nuevo la lucha y sometian á su soberanía los territorios que poco antes pertenecian á Dinamarca, recibiendo rehenes de Jerwen y Wirlandia y dejando á los daneses — cuya situacion fué, como se vió en todo, la de gente tolerada, — únicamente Harrien y el circuito de Reval. A fin de legalizar esta situacion, el obispo Alberto se dirigió en la primavera de 1224, — y acompañado de su hermano Hermann, aquel á quien Waldemaro impidió durante tanto tiempo salir de Lubek — al castillo de Dannenberg y solicitó del rey prisionero lo que éste no podia ya negar. Hermann fué reconocido obispo del Sur de Livonia, con lo cual se reconoció tácitamente que las provincias ribereñas y la Estonia meridional pertenecian á la Livonia alemana. Casi tan importante como esto fué para la colonia el hecho de que quedara abierto el puerto de Lubek: el obispo Alberto, con el ejército cruzado que de Alemania llevó á Livonia, sofocó por completo la rebelion de los estonios, arrojando á los rusos de Ugaunia. Antes de esto, el obispo habia tenido otra satisfaccion: la de que la orden renunciara á las ventajas que le habia reportado su antigua y casi podría-

mos decir traidora alianza con Dinamarca, quedando reducida á la condicion de feudataria del obispo Hermann por sus posesiones de Estonia y de Alberto por las de Livonia. Todo, pues, estaba preparado para el golpe decisivo.

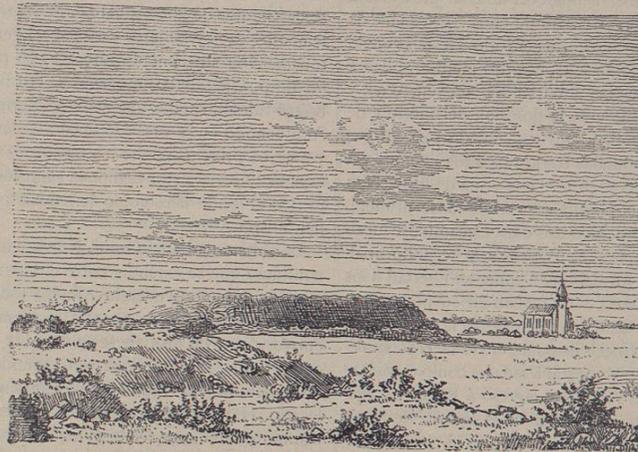
La conquista de Dorpat fué de tal importancia que bien merece ser descrita detalladamente. Dorpat era la fortaleza mas formidabile del país: habia sido construida con especial cuidado por la orden y dotada pródigamente de armas y de máquinas de guerra. Defendíanla á la sazón los rusos, mejores guerreros que los estonios, valientes, pero faltos de educacion militar.

El obispo Alberto disponia en esta ocasion de todas las fuerzas del país, es decir, de los hermanos de la orden, de los siervos, de los vasallos de la Iglesia, de los peregrinos, de los comerciantes y ciudadanos de Riga y además de los contingentes livonios y letones.

El punto de reunion fué el lago de Burtneek: allí se dijo la misa y se celebró un consejo de guerra, despues de lo cual lo mejor del ejército fué enviado contra Dorpat, con orden de marchar de dia y de noche y de cercar la fortaleza, mientras el resto de las tropas emprendia una expedicion de saqueo para llegar tres dias despues delante del fuerte con las provisiones necesarias de ovejas, bueyes y demás. La llanura que rodeaba á Dorpat cubrióse de tiendas de campaña: los bosques de las inmediaciones proporcionaron la madera para las máquinas de guerra, para la artillería pesada, que lanzaba vigas y piedras contra las murallas, para las balistas y paterolas. Pero lo que fué objeto de mayores cuidados fué la construccion de una torre, que se hizo con los árboles mas altos y mas recios y que en ocho dias alcanzó una altura igual á la de los muros exteriores. Con la ayuda de rodillos y de ruedas fué empujada hasta los fosos del fuerte y colocada junto al terraplen, y protegidos por ella comenzaron los sitiadores á minar la fortaleza, consiguiendo á fuerza de escarbar noche y dia que una parte del terraplen se viniera abajo, lo cual permitió hacer avanzar la torre hasta muy cerca de la muralla. Entonces los alemanes intentaron inducir á los rusos á que voluntariamente evacuaran la plaza, pero éstos se negaron á ello, confiados en que no habian de tardar en ser socorridos desde Nowgorod. En efecto, comenzó á circular muy pronto por el campamento la noticia de que un ejército ruso habia invadido la Ugaunia saqueándolo y devastándolo todo, y se suspendió, en su consecuencia, el ataque hasta que regresaran los exploradores que habian sido enviados á la descubierta. Estos volvieron diciendo que todo habia sido una falsa alarma, con cuya nueva se continuaron activamente los trabajos. Ante la metralla de piedras que arrojaban las ballestas y las marmitas de fuego y el hierro candente de las paterolas, comenzaron á clarearse las filas de los defensores en las murallas, además de lo cual las enormes hogueras de maderas y de malezas que se encendieron alrededor del muro de tierra produjeron un humo asfixiante que hacia en extremo difícil la defensa. A pesar de todo, Wiatschko, que la dirigia con valor y habilidad, excitaba á sus estonios y rusos á la lucha, pues, segun dice Enrique de Letonia, que se hallaba presente al sitio, era para los saccalos y demás estonios un lazo y un gran diablo. Á las máquinas de los alemanes opuso otras análogas y sus arquetos causaron grandes pérdidas á los sitiadores. De esta suerte continuó la lucha por espacio de dos semanas sin que ninguna de las dos partes se diera punto de reposo. Por la noche, cuando se interrumpia el combate, las hogueras del campamento levantaban sus llamas alrededor del fuerte y por todas partes se oía un espantoso estrépito. Los livonios y los letones golpeaban con sus espadas los escudos y prorrumpian en sus gritos de guerra; los alemanes ensordecian los

aires con sus tambores, pífanos y trompetas, y los sitiados contestaban desde el fuerte con su música guerrera. Las cosas llegaron por último á tal extremo que los alemanes, á propuesta de Fredehelm, jefe de los cruzados, se decidieron á dar el asalto. El primer ataque fué rechazado por los estonios del fuerte, pues cuando los alemanes menos lo esperaban abrióse de repente en las murallas del fuerte una enorme brecha que vomitó grandes cantidades de materias inflamadas sobre la torre de sitio. Ante aquel diluvio de ruedas de fuego y de leños encendidos, á duras penas los caballeros, cubiertos de sus armaduras de hierro, pudieron dominar el voraz elemento. Pero entretanto una parte de los sitiadores habia conseguido pegar fuego al puente levadizo y, al observarlo, agrupáronse los rusos á la puerta para rechazar la agresion. Entonces Juan de Appeldern, hermanastro del obispo, cogió

una tea y escaló la muralla seguido de su escudero Pedro, á quien una tradicion posterior llama Pedro Oge, y habiendo llegado felizmente á lo alto del muro, su ejemplo enardeció á los demás, que llenos de entusiasmo se lanzaron en pos de ellos. Muy pronto todo el ejército dió el asalto, y mientras unos subidos en los hombros de sus compañeros escalaban la muralla, otros se precipitaban por la brecha que los mismos sitiados habian abierto, y despues de haber acorralado con las lanzas y las espadas al enemigo, entraron en la plaza todos los contingentes estonios y letones, comenzando entonces una horrible matanza. Mas de mil estonios fueron asesinados, todos hombres; pero tambien algunas mujeres y niños fuerón víctimas de la exasperacion. Los vencedores pensaban en aquel preboste Hobbo á quien hacia poco tiempo los estonios habian arrancado el corazon para asarlo y



La fortaleza de los labradores Wolde, llamada Bauernberg, en la isla Oesel. Copia de un dibujo del natural hecho el año 1826 por Carlos Baron Ungern-Sternberg.

comérselo, y en las otras innumerables víctimas de las crueldades de este pueblo. Los que lograban escapar del castillo sucumbian á manos de los que estaban fuera: no hubo compasion para nadie. Los rusos fueron los que se defendieron por mas tiempo, por haberse refugiado en el interior de la fortaleza, pero en definitiva perecieron todos, incluso Wiatschko. Solo quedó con vida un vasallo del gran duque de Susdal, á quien los caballeros facilitaron ropas y un buen caballo para que pudiera en Nowgorod y en Susdal dar cuenta de lo sucedido. De esta suerte quedó dominada en setiembre de 1224 la gran rebelion de los estonios; y como por aquel tiempo la Rusia se encontraba con la gran catástrofe de la invasion de los tártaros, Livonia podia considerarse por mucho tiempo segura de todo ataque de parte de sus poderosos enemigos del Este.

La lucha por la posesion de Livonia habia, pues, durado casi una generacion, terminando con la sumision definitiva de los estonios y con la retirada de los rusos; «todo el pueblo descansó entonces bajo el amparo del Señor.» El obispo Hermann puso orden en los asuntos de Ugaunia; la orden se estableció en Saccala reconstruyendo la derruida fortaleza de Fellin; los oeseles pusieron en libertad á Teodorico, hermano de Alberto; los rusos firmaron la paz, y Wirland y Jerwen enviaron caballos y otros presentes á los caballeros de la orden. Los estonios abandonaron sus fuertes de madera y reedificaron sus incendiadas aldeas, en medio de las cuales volvieron á levantarse los templos cristianos; los letones y los

livonios de las provincias fronterizas salieron de sus guardias de los bosques y de los pantanos y regresaron á sus casas y á sus campos. Por fin, despues de mucho tiempo, habíase restablecido la paz.

Una cosa se necesitaba ante todo, á saber: consolidar la paz, arreglar las relaciones entre los distintos soberanos, es decir, entre la orden, los obispos, la ciudad de Riga y los daneses, y fijar las que habian de existir entre los indígenas y los alemanes para que cada cual supiera lo que tenia que hacer y lo que podia exigir.

Esto no podia realizarlo ni el obispo Alberto ni ninguno de los personajes en Livonia existentes; necesitábase una autoridad superior ante la cual todos hubieran de inclinarse. Por esta razon Alberto se dirigió al Papa suplicándole que le enviara un legado: Honorio III le envió con plenos poderes al obispo Guillermo de Módena, que tan relevantes servicios habia prestado en el Este de Europa y que por su calidad de canciller pontificio debia conocer perfectamente los fundamentos legales de la cuestion livonia. En 31 de diciembre de 1224 se firmó el nombramiento de Guillermo y en la primavera de 1225 llegó éste á Livonia, acompañado de su séquito y de algunos peregrinos. No podemos entrar en pormenores acerca de lo mucho que hizo, y por esto solo trataremos de lo mas esencial. Despues que hubo recorrido los territorios de los letones y de los livonios y además Saccala y Ugaunia, enterándose así personalmente del estado de las cosas, regresó á Riga y reguló las relaciones jurisdiccionales

entre los obispos de Riga y de Dorpat y la orden. Empezó luego un segundo viaje por el territorio del Duna hasta Kokenhusen y a su regreso aseguró a los ciudadanos de Riga la facultad de usar el derecho gótico y puso fin a la contienda que había surgido entre la ciudad de Riga y el obispo Lamberto, sucesor de Bernardo del Lippe, por la posesión de un territorio que se extendía entre el Duna y el Aa semigalo. Hecho esto, se consagró a la parte más difícil de su misión, es decir, a arreglar los asuntos de Estonia, habiéndose apropiado para cederlo al Papa el territorio del Wiek, que se disputaban el obispo livonio y los daneses. Poco después y durante la permanencia del legado en Riga, los vasallos del obispo Hermann, Engelberto de Tiesenhausen, Teodorico de Appeldern, Helmond de Luneburgo y Juan de Dolen, arrojaron a los daneses de Wirlandia por medio de una rápida sorpresa; Guillermo hizo comparecer ante su presencia a los perturbadores del orden y exigió de ellos, bajo pena de excomunion, la cesión del territorio ocupado. Después envió emisarios a Reval y apelando a los mismos medios obligó a los daneses a que renunciaran a Wirlandia, Jerwen, Wiek y Harrien, dejándoles únicamente la posesión del fuerte y de la comarca de Reval. Ayudado por sus soldados, peregrinos y sacerdotes, arrojó de aquellos territorios a los livonios y a los daneses y en enero de 1226 hizo una visita de inspección a estas nuevas conquistas pontificias, dirigiéndose primeramente a Fellin, donde se detuvo dos días. Encaminóse luego a Karethén (Jerwen), atravesó la Wirlandia y llegando finalmente a Reval, obligó a los daneses a poner en libertad a los rehenes estonios que todavía conservaban en su poder, predicó a los indígenas y a los daneses, organizó la administración de las distintas provincias estonias, envió sacerdotes alemanes al país de Wiek, que no estaba todavía completamente cristianizado, y en febrero de 1226 regresó a Riga. Allí reunió, durante la cuaresma, un sínodo en el templo de Santa María, cuyo objeto fué, además de asegurar el orden material de aquellos países, curar sus enfermedades morales. La exasperación de tantos años de guerra había embrutecido a los hermanos de la orden y originado multitud de abusos en la manera de tratar a los indígenas. Los caballeros habían tratado de esclavizar a éstos; la administración de las escuelas y de las parroquias era sumamente viciosa, y los tribunales ordinarios habían sido sustituidos por el duro procedimiento del derecho de guerra. El legado Guillermo por medio del sínodo aseguró vigorosamente la libertad personal de los indígenas, aun la de aquellas tribus estonias que hasta el último momento se habían mostrado rebeldes. Por esta misma razón Guillermo puso estos territorios bajo el patronato directo del Papa. No entraba en sus planes, que nosotros sepamos, fundar una institución permanente en este sentido, sino que quería crear un estado de transición para que los futuros señores del país se encontraran con una situación perfectamente organizada. Guillermo, que se aprestaba a partir para Italia, nombró a su capellan Juan representante del Papa en estos territorios, que abarcaban el Nordeste de Estonia. Pronto se vió, sin embargo, que este capellan no poseía la autoridad que su situación exigía; así es que aun antes de que el legado abandonara el suelo livonio, Juan de Dolen se estableció por segunda vez en Wirlandia. La excomunion que contra él lanzó Guillermo no produjo gran efecto, porque el legado no podía aplazar por mas tiempo su partida, y si bien envió al capellan desde Gotia un ejército cruzado, este no sirvió para el objeto a que se le destinaba, pues el obispo Alberto y la ciudad de Riga negociaron, ignoramos con qué condiciones, un tratado en el Norte y todo el ejército de Livonia se dirigió en enero de 1227 contra Oesel. El anciano obispo Alberto formó también parte de la expedición.

Veinte mil hombres atravesaron la superficie helada del estrecho, apoyados esta vez no solo por los livonios y letones sino también por los contingentes estonios, y en una corta campaña consiguieron destruir todas las fortalezas de los oeseles é imponer el cristianismo a todo el país. El vice-legado maese Juan y Gandulfo, servidor del obispo de Módena, que iban delante del ejército llevando el estandarte de la Iglesia, dieron a la expedición la consagración religiosa, hecho que luego sirvió a la curia para formular exigencias materiales sumamente exageradas.

La conquista de Oesel fué un suceso de gran trascendencia: con ella quedaban la Livonia asegurada, expedito el comercio del Báltico, y las costas de Suecia y de Dinamarca libres del azote terrible que había sido siempre para ellas y para los suyos aquella guarida de bandoleros. Guillermo de Módena, a su regreso, se encontró todavía con una de aquellas escuadras de piratas, habiendo llegado hasta sus oídos los lamentos de las mujeres y de las vírgenes suecas por ellos robadas. La sujeción de este Estado pirata fué el complemento político de la fundación de la Livonia alemana, cuyos rasgos fundamentales aparecían ya perfectamente marcados. Aun cuando en lo sucesivo se consiguieron mayores ventajas y aunque principalmente los territorios del Sur tuvieron que esperar todavía algun tiempo la sumisión, las cosas continuaron en el fondo tales como se habían presentado en tiempo del obispo Alberto.

La soberanía danesa en el Norte y aquel notable Estado pontificio que se extendía entre el territorio alemán y el danés, sucumbieron viviendo Alberto todavía. Juan reconoció que no podía sostenerse contra la enemistad de los vasallos episcopales y de los daneses y en 1227 traspasó a la comunidad alemana su administración, dejando a salvo los derechos de soberanía del Papa, probablemente por indicación del legado. Harrien había tocado nuevamente a los daneses; en cambio los alemanes recibieron a Wirlandia, Jerwen y la Wiek: la mayor parte del territorio cedido correspondió a la orden. Alberto solo formuló pretensiones sobre Wiek para crear allí y en la isla de Oesel un nuevo obispado. La ciudad de Riga renunció a toda posesión en tan apartados territorios. En aquel mismo año estalló una lucha entre los daneses y la orden, la cual los derrotó delante de los muros de Reval obligándoles a cederle esta plaza y todo cuanto poseían en Estonia: los vencidos fueron enviados a su patria con sus obispos Wescelin y Ostrad, y llegaron a ella en el momento preciso en que la batalla de Bornhovéd destruía definitivamente el gran poderío de Dinamarca. Los asuntos de Livonia estaban en este punto íntimamente enlazados con los de Alemania, y Livonia figuraba probablemente en la confederación que venció a Waldemaro; de suerte que la toma de Reval pudo muy bien entrar en la combinación guerrera que constituía el plan de los aliados. Todavía se conserva la carta que antes de la acción decisiva escribieron a los honrados ciudadanos de Lubek el obispo Alberto, el maestre Volquin, los ciudadanos de Riga y los demás alemanes de Livonia: «Conociendo como conocemos la opresión de que sois víctimas, no queremos hacer las paces con el rey de Dinamarca y con su pueblo sin que vosotros entreis en ellas; pero a nuestra vez os suplicamos que obreis de igual manera. Sabed que los oeseles han recibido con satisfacción vuestra carta, han prometido prestaros auxilio y someterse a nosotros en todos los asuntos y están resueltos a compartir con nosotros la paz y la guerra.»

Un año después, el rey Enrique VII de Alemania, «por su real gracia y usando de sus plenos poderes, y por su salvación y la de sus antepasados,» entregó a título de posesión perpétua al maestre Volquin y a sus hermanos la provincia de Reval, sin excluir el fuerte, y además Jerwen, Harrien y

Wirlandia. Con esto se dió un título de derecho a las nuevas adquisiciones de la orden: en 1.º de diciembre de 1224 el obispo Alberto había solicitado y conseguido que Letonia, Leal y Wiek constituyesen un marquesado del imperio. Alberto fué nombrado príncipe del imperio, con atribuciones para acuñar moneda y conceder derechos municipales. De esta suerte quedó nuevamente confirmada del modo más solemne la unión de Livonia con Alemania.

Alberto podía estar satisfecho al contemplar su obra, pues si no todo, había conseguido mucho. Cierto que no pudo realizar su plan de hacer de Riga un arzobispado, pero tampoco Bremen había podido hacer triunfar sus pretensiones de soberanía. La orden no le estaba sometida, como él había deseado: Alberto no había podido dominar al tenaz y discolo Volquin y veía con dolor que los territorios arrebatados a los daneses por la orden estaban bajo la jurisdicción de los caballeros aun en los asuntos espirituales. Era indudable que existía el germen de futuras contiendas entre la orden y el obispo de Riga; pero Alberto no quería mostrarse agresivo y comenzar una lucha cuyo término probablemente no había de ver. La expedición contra Oesel fué su última empresa guerrera, y una vez terminada, permaneció tranquilamente en Riga dedicado exclusivamente a la cura de almas y a poner en orden los asuntos de su extensa diócesis. Ocupado en esto sorprendióle la muerte, en 17 de enero de 1229. El cuerpo de este gran obispo, a quien con razón puede llamarse el patriarca de Livonia, fué enterrado en la catedral de Riga.

El período del gobierno de Alberto puede propiamente ser calificado de período heroico de la historia de Livonia. Lo que allí sucedió en el espacio de una generación no se repitió mas: el valor, la fuerza creadora y el impulso religioso de la época contribuyeron a dar a aquella empresa la consagración, sin la cual hubiera revestido los caracteres de un crimen. El que quiera penetrarse bien de este espíritu, no tiene mas que leer la crónica de Enrique de Letonia, que presencié los milagros de aquellas jornadas y los describió con imparcial veracidad. Un estudio detenido de su libro es el mejor elemento para conocer la historia de Livonia, país que hasta en sus últimos tiempos ha conservado un soplo del espíritu de que él y sus contemporáneos estaban animados.

### CAPÍTULO III

#### DECADENCIA DE LOS HERMANOS DE LA ESPADA

La muerte de Alberto fué una desgracia para todo el país, especialmente porque una elección de obispo disputada era fuente de descontento y de intranquilidad. El arzobispo de Bremen creyó la ocasión favorable para renovar sus antiguas exigencias, y al tener noticia del fallecimiento de Alberto nombró obispo de Livonia al canónigo Alberto Suerbeer, mientras que el cabildo de Riga elegía por sucesor del difunto a Nicolás, canónigo de Santa María de Magdeburgo que pertenecía a la orden de los premonstratenses. El papa Gregorio IX dió a su legado, el cardenal-diácono Oton, el encargo de arreglar este conflicto, y el cardenal comenzó por suspender a ambos obispos y por confiar la administración de Livonia a su confesor, el monje Balduino de Alna, designación poco afortunada, pues el país no esperaba nada bueno del favorecido.

Antes de que Balduino entrara en Riga, en 1230, los livonios le hicieron prometer en Gotia bajo juramento que no atentaría a ninguno de sus derechos; mas a pesar de esta promesa comenzó su misión con una serie de violencias que indignaron muy pronto a todo el país. Los materiales de que

disponemos son harto insuficientes para que podamos formar juicio del plan en que se inspiraba su conducta. A los de Riga les arrebató la vasta extensión de territorio que poseían en Curlandia, y cuando le recordaron su promesa, retiróse al convento fortificado de Dunamunde. Desde allí envió al Papa amargas quejas contra los ciudadanos diciendo que habían atentado contra su vida, y se ingenió de tal manera por medio de una serie de hábiles negociaciones, que los mismos curios se sometieron personalmente a él ó, por mejor decir, directamente al Papa, con lo cual se emanciparon de toda influencia de los livonios alemanes. De la protesta que éstos formularon no hizo caso alguno, antes bien arrebató la Curlandia oriental a la ciudad de Riga y a la Iglesia, que eran sus dueños desde los tiempos de Alberto, para lo cual llevó a Dunamunde, donde imperaba en absoluto, los rehenes de los curios. Así continuó la lucha hasta que la solución definitiva dada a la cuestión de la elección del obispo vino a terminarla temporalmente. Nicolás, que en un principio parecía inclinado a retirarse, retiró la promesa que había hecho a su vice-legado Balduino porque presintió que iba a ocurrir un cambio favorable para él. No se equivocó: el cardenal Oton anuló la elección de Suerbeer y confirmó a Nicolás, que había sido elegido por el cabildo de Riga, y el papa Gregorio IX impuso al arzobispado de Bremen silencio perpétuo.

Nicolás, en interés de los mismos livonios, se dirigió contra Balduino, pero cometió la imprudencia de extralimitarse en sus atribuciones. En efecto, en un documento de 9 de agosto de 1231 cedió a los ciudadanos de Riga no solo una tercera parte de la Semigalia y de Oesel, sino además una sexta parte de la Curlandia. Los doce consejeros de la ciudad no vacilaron en aceptar de él en feudo estos territorios y en enfeudar a su vez a setenta comerciantes de Curlandia y de Semigalia y a cincuenta y seis mas de Curlandia. Nicolás y la orden sancionaron estas resoluciones, y habiendo Balduino protestado contra ellas, vióse obligado en virtud de una sentencia, según él parcial, a entregar los rehenes que de Curlandia había recibido. Cierto que a Balduino le fueron cedidos Jerwen y Wirlandia, pero la orden, con la enfeudación de doscientos comerciantes góticos de Jerwen, se había asegurado un partido con el cual podía en absoluto contar y confiaba que en días mejores podría recuperar lo perdido. Finalmente, el haber Balduino abrazado el partido de los neófitos en contra de los señores del país aumentó de tal suerte el antagonismo, que el vice-legado comprendió que necesitaba mas amplios poderes.

Balduino entonces se dirigió a Roma y de tal modo logró atraerse al Papa, que éste aprobó la conducta hasta entonces por él seguida y con sus propias manos le consagró obispo de Semigalia y le nombró legado pontificio en Gotia, Finlandia, Estonia, Curlandia y Semigalia. Como se ve, Balduino se había colocado de un solo golpe por encima de sus adversarios livonios. Las bulas pontificias que llevó consigo a Livonia como arma poderosa nos permiten conocer los planes del papa Gregorio. Balduino iba autorizado para emplear contra cualquiera resistencia que se le opusiera, las armas espirituales de la excomunion, de la suspensión y del entredicho; pero sus exigencias eran tales que no había posibilidad de que los livonios se sometieran espontáneamente. Por de pronto éstos tenían que entregarle la Semigalia y además rehenes, pues consideraba la elección del obispo Lamberto de Semigalia como nula y como nulos también todos sus actos, las disposiciones del papa Inocencio III y de Guillermo de Módena relativas a su diócesis y hasta los decretos promulgados por el mismo Gregorio IX confirmando estos documentos legales. En virtud de otra bula se cedia al nuevo legado toda la Curlandia y se le encargaba que en nombre